

DE ADIÓS Y BIENVENIDAS

Gabriel de Molina

En 1998 encontró la muerte el escritor algecireño José Luis Cano (1911), a cuya pesquisa literaria se debe la conservación de buena parte del equipaje heterodoxo de la cultura española, en riesgo de extinción bajo la dictadura franquista y la amnesia actual.

“Leyendo los libros de Cano —cierta a definir Manuel Alvar— uno ve que hay una España y una anti-España, pero no escindidas en un corte vertical, sino en sesgos horizontales. La España que heredó los grandes valores que, tan trabajosamente, iban labrando los hombres del siglo XVIII (fueran Cienfuegos o Goya, Jovellanos o Lista, Mor de Fuentes o Aranda) y la anti-España de la zafiedad y del medalaganismo (o algo peor). Y otra vez, vuelta a empezar, mientras Europa se nos va alejando y nosotros damos zancadas que nos dejan sin resuello”.

Es el mismo telón de fondo de otra obra de Cano, *Heterodoxos y prerrománticos* (1974), donde desfilaron nombres tan sugestivos como Moratín, de nuevo Cienfuegos, Goya, Lista, Blanco White, Somoza o Quintana. Y en *Españoles de dos siglos*



(1974), comparecerán Alcalá Galiano, Estébanez Calderón, otra vez Valera, Ganivet, Manuel Reina, Rubén Darío, Antonio Machado, Juan Ramón, Azaña, León Felipe o Francisco Ayala. Eran libros, como él mismo los definía, “variopintos”. Como “variopinto y quizá caprichoso”, define también su *Historia y poesía* (1992), en donde se aproxima a Arnault, Juan Antonio Llorente, Verlaine, Rubén de nuevo,

Francisca Sánchez, Bécquer y Ofelia, Augusto Ferrán, Alejandro Sawa, Unamuno, Manuel Machado, Azorín, Cernuda, Bruno Portillo, revisitados Juan Ramón y Antonio Machado, Ortega, Emilio Prados, García Lorca, Juan Rejano e incluso una curiosa “divagación sobre la pereza andaluza”, a la que relaciona con un sin número de testimonios poéticos. En ese mismo contexto, cabe situar su excelente obra *La España de Bonafoux* (1990), en la que explora la peripecia vital de este periodista satírico y amigo de polémicas, entre 1900 y 1920.

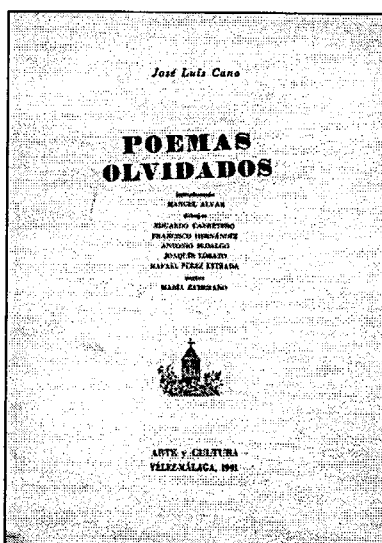
Diferente tono, con acento de homenaje, tiene la edición de *Vicente Aleixandre, el escritor y la crítica* (1977), en que se centra monográficamente sobre el inminente Premio Nóbel, reuniendo textos de JRJ, Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Carlos Bousoño, José María Valverde, José Olivio Jiménez, Ricardo Gullón, Mauricio Molho, Carlos Barral, Concha Zardoya, José Ángel Valente, Gabrieli Morelli, Vicente Gaos, Darío Puccini, Manuel Alvar, Leopoldo de Luis, Pere Gimferrer y

Reseñas

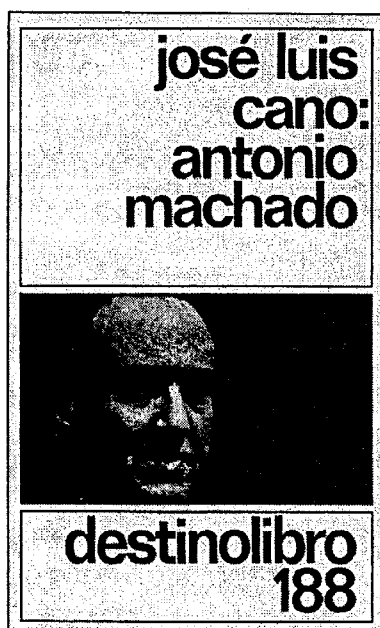
Guillermo Carnero. En su introducción, brinda Cano el testimonio de la experiencia amiga: "Como he seguido año tras año su labor, mi sorpresa y mi asombro han sido constantes al contemplar a un Aleixandre superándose en cada libro, ensanchando cada vez más el ámbito y la materia de su poesía, renovando su técnica y su clima, pasando del surrealismo al realismo, del paraíso a la historia, del yo al tú y al ellos, del compromiso a la meditación, del monólogo alucinado a los 'diálogos del conocimiento'. La mirada del poeta y su técnica pueden cambiar, pero el poeta es el de siempre".

En 1975 Cano publica su monografía sobre Antonio Machado, que no pretende ser "erudita, ni menos definitiva o exhaustiva", sino sólo "contar con sencillez la aventura vital". Es el mismo propósito que había seguido mucho antes, en 1962, con su iniciática biografía de Federico García Lorca, a quien llegó a conocer y a tratar en la capital malagueña, tras haberle sido presentado por su íntimo amigo Emilio Prados.

Pero su cercanía afectiva a Aleixandre, latente también en *Cuadernos de Velintonia*, le marcará poderosamente tanto el plano personal como en el literario. Sobre todo, a partir de *Sonetos de la Bahía*, su libro de 1942 con que debuta como poeta: "Yo le enseñaba los sonetos a Vicente—relataba—. Me decía: 'Este está bien, éste mal'. Por fin, el libro salió en el año 42. La publicación me costó quinientas pesetas. El precio incluía quinientos ejemplares, papel e imprenta. Yo no era



conocido y tuve que pagarme la edición. Casi todos los libros los regalé. Vine a Algeciras, le dejé seis ejemplares al librero que había cerca de la Plaza Alta. Ya no sé si dicho establecimiento existe aún. Y al año siguiente, volví a ver qué había vendido y no había vendido ni uno. Es increíble como tratán-



dose de un libro dedicado totalmente a la bahía, no hubo ningún algecireño curioso que quisiera verlo".

Los *Sonetos de la Bahía* llevarán prólogo del propio Vicente Aleixandre, quien en sus primeros párrafos describe la realidad de dicho territorio: "José Luis Cano nació en Andalucía la Baja, en ese punto de la costa donde los dos mares sin tregua se embisten y funden. Su bahía en invierno es fosca, brumosa: las ráfagas del Atlántico pueden más y un cielo aborascado, en muchas horas de los lentos meses, da, más que plata, ceniza a este borde de la inimaginable tierra andaluza. Pero en el verano, y aun desde el comienzo de la primavera, la bahía es dorada, encendida, bajo un cielo ascendido a su radiante inmovilidad. Ha podido más el Mediterráneo, añil y desplegado, con sus hermosas espumas donde se quiebra el sol entre un lujoso crujir de oro instantáneo y una risueña felicidad de azules".

Un año después, en 1943, aparecen las primeras entregas de "Adonais", la colección que dirige José Luis Cano con Juan Guerrero Ruiz y en la que desfilaron nuevos sonetos como los *Poemas del Toro* de Rafael Morales. Pero él no reincidió, salvo doce años más tarde con cuatro sonetos dedicados a su hija Teresa. Quizá estaba siguiendo el consejo de su mentor y amigo Vicente Aleixandre: "Ese primer libro de sonetos, está muy bien, pero tú debes seguir tu camino del verso libre".

Así, fueron sucediéndose *Voz de la muerte* (1944), *Las alas perseguidas* (1945), *Otoño en Málaga y otros*

poemas (1954), *Luz del tiempo* (1962), así como *Poemas crepusculares*, *Poemas para Susana* y *Retratos y evocaciones*, que incluirá en la tercera edición de sus *Poesías completas* (1942-1984), impresas por Plaza & Janés, en sus *Selecciones de Poesía Española*, en 1986. Posteriormente, en 1991, aparecen impresos unos *Poemas olvidados*, con una introducción de Manuel Alvar, quien aseguraba que José Luis Cano era lo que había descubierto en sus versos: "Pulcritud, serenidad, sencillez".

Juan Carlos Jurado formula, así, un breve acercamiento a su obra lírica: "Además de los exquisitos y neorrománticos sonetos primeros, es posible apreciar un tono emotivo cercano al simbolismo visionario en *Voz de la muerte* (1940-1944); como también la influencia de, por ejemplo, Aleixandre y Cernuda, en cierta cosmovisión y metáforas de *Luz del tiempo* (1962); en *Poemas crepusculares* y *Poemas para Susana* se revela una estética paralela a la denominada poesía cotidiana y de la experiencia".

Licenciado en Filología Hispánica (1944) y en Derecho (1948) por la Universidad Central, José Luis Cano ejerció durante treinta años como profesor de Literatura Española en el Instituto Internacional de Madrid y como insólito bibliotecario de Campsa. Al margen de su milagroso trabajo al frente de Adonais, desde 1946, con Enrique Canito emprendería la aventura de *Ínsula*, una revista literaria fundamental en el panorama español de posguerra y cuya dirección tuvo que abandonar en

1988 asumiendo una presidencia honorífica. Ese mismo año, se crea en Algeciras la Fundación Municipal de Cultura que lleva su nombre y en cuya sede, a comienzos de 1999, el Instituto de Estudios Campogibraltareños propició unas jornadas literarias en las que se glosó su memoria, bajo la batuta de José Juan Yborra y con la participación del ensayista algecireño Alberto González Troyano y de otros valedores del escritor malogrado.

Durante los últimos años de su vida siguió manteniendo su afición por las tertulias, respaldando a jóvenes valores como el escritor Alejandro Sanz, que ejerció como secretario suyo en la del Café del Prado. En 1997, en Córdoba, Cano recibirá el Premio Luis de Góngora de las Letras Andaluzas, que coronaba su larga trayectoria literaria. Ya por entonces, el alzheimer le jugaba malas pasadas, pero no le impidió acercarse por última vez hasta esta comarca, durante ese mismo verano, para participar en los Cursos de San Roque.

En abril de este año, la Fundación Municipal de Cultura José Luis Cano alcanzó un acuerdo con la familia del escritor algecireño para editar la obra completa del autor, al tiempo que el alcalde, Patricio González, confirmaba la publicación de la revista *Velintonia*, un viejo proyecto que se pretende acometer con alcance internacional. Al mismo tiempo, el Consistorio estudia la conversión de la casa de Cano, en la calle Regino Martínez, en una biblioteca con todos los fondos disponibles del autor, quien por estrecheces económicas y años antes de su muerte, tuvo que

vender a la Junta de Andalucía los libros atesorados durante media vida.

El rastro de Torroja

"Algeciras se ha devorado a sí misma siempre, porque sus rasgos más característicos como población han sido el imparable progreso y una liberalidad que despreció la tiranía de las tradiciones", escriben Ana María Aranda Bernal y Fernando Quiles García en su excelente libro titulado *Historia urbana de Algeciras*.

Editado por la Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía, el estudio arranca del siglo XVIII y muere, principalmente, con la siguiente centuria, aunque no falten alusiones a peripecias urbanísticas del siglo XX.

En esa trama urbana, descuella un edificio que fue a convertirse en una pieza maestra de la ingeniería, como es la del mercado que lleva el nombre de su creador, el Ingeniero Torroja. Se trata de un diseño de 1933, suscrito por el ingeniero Eduardo Torroja y Miret, con el que colaborará el arquitecto Manuel Sánchez Arcas. La clave del mismo estriba en una cubierta semiesférica de hormigón armado, con 46 metros de diámetro y un grosor inferior a 9 centímetros, que apenas descansa sobre ocho pilares. En el catálogo general de Patrimonio Histórico de Andalucía, se cita el dato de 42 metros en vez de 46 y cifra su espesor en 8 centímetros. "En la clave de la cúpula—se analiza en el expediente del Catálogo—se abre un lucernario formado por piezas de vidrio entre nervadu-

Reseñas

ras de hormigón, que ilumina un conjunto de puestos distribuidos radialmente. La resolución del borde se consigue con la apertura de la membrana de revolución en ocho láminas que se levantan para dar paso a la luz perimetralmente, en aquel punto de la sección de la cúpula en que las tensiones lo permiten. Se consigue así una estructura limpia y diáfana que descansa exclusivamente en ocho puntos y gravita sobre un potente basamento de ladrillo visto”.

El centenario del nacimiento de Torroja arrojó nuevas luces sobre su obra, una revisitación necesaria y un retorno de la memoria que confirmó la necesidad de mantener y conservar su herencia creativa. Nacido en Madrid, el 27 de agosto de 1899, y fallecido en esa misma ciudad el 15 de junio de 1961 en su despacho del Instituto Técnico de la Construcción y del Cemento, a Eduardo Torroja se deben, entre otras obras, la Ciudad Universitaria y el Hipódromo de la Zarzuela, en Madrid, o los desaparecidos Frontón Recoletos y puente sobre el río Esla. “El legado de su obra –analiza José María Fernández Isla– va mucho más allá de las portentosas láminas de hormigón armado que le hicieron universalmente célebre. La razón es bien simple. Torroja no se conforma con resolver desde la economía formal un problema estructural; su aportación fundamental consiste en diseñar un nuevo concepto tipológico, más próximo al mundo de las ideas que al de los esfuerzos: liberar el espacio. La esencia de lo diáfano”.

Frank Lloyd Wright le definió como “el ingeniero vivo más grande” que conocía el célebre arquitecto estadounidense. Y a él se le atribuye, también, el boceto del Garaje América, en la calle Ruíz Zorrilla de Algeciras, que hoy alberga a una tienda de muebles: “Sin duda –analiza Antonio Lamela–, don Eduardo fue un enorme impulsor del desarrollo del hormigón armado en España, donde el inicio del empleo de este modo de construir era muy balbuceante e incipiente”.

Carteia

En un largo proceso de recuperación patrimonial e histórica, cabe incluir la aparición de publicaciones como la algecireña *Caetaria*, auspiciada desde el Museo Histórico Municipal. Y obras cruciales como la amplia investigación sobre Carteia, obra del equipo científico del proyecto arqueológico que lleva dicho nombre y del que forman parte los profesores Roldán Gómez, Bendala Galán, Blánquez Pérez y Martínez Lillo. A todo color, dicho estudio fue impreso en 1998 por la consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y la firma Cepsa.

La ciudad de Carteia, según afirman los autores, se ofrecía “...como un espléndido laboratorio histórico en el que buscar respuestas a muchos de los interrogantes planteados en torno a la consolidación de la presencia púnica en Hispania y de su incorporación posterior al Imperio Romano”.

“Este equipo –asumen desde el preámbulo de dicha publicación– quie-

re asumir también, en la medida en que pueda corresponderle, la responsabilidad de cuidar esta dimensión principal de un centro monumental como el de Carteia y contempla, con especial atención, la íntima relación que debe establecerse entre la investigación y la divulgación de sus resultados, entre el estudio del conjunto monumental y su ofrecimiento como bien cultural”.

Memorias personales y colectivas

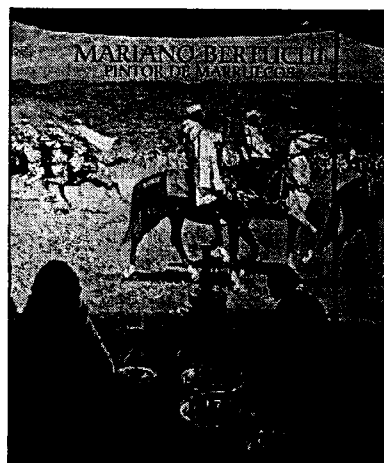
La producción bibliográfica campogibaltareña, en los últimos dos años, ha incidido especialmente en los retornos y en la recuperación de datos individuales y colectivos. Es el caso de las curiosas memorias personales que Cristóbal Delgado, cronista oficial de Algeciras, titula *Algeciras y yo*, un paseo íntimo por la ciudad donde naciera y en donde ha transcurrido su biografía. Nombrado en el año 2000 cronista oficial de San Roque, el periodista Antonio Pérez Girón –a la sazón, interesante poeta– sumó su talento al de José Antonio Casaus, también periodista y autor del interesante libro *San Roque, crónica de un cuarto de siglo (1963-1988)*, en un nuevo ensayo. Su título, *El San Roque de Lorenzo Valverde (1810-1850)*, bajo el epígrafe de “Gabachos, guerrilleros, contrabandistas, bandoleros, negros y servilones”. Se trata de un aguafuerte de la primera mitad del siglo XIX, a partir de un cronista, Lorenzo Valverde, fallecido en 1859 a los 84 años de edad y cuya peripecia biográfica abarca una dilatada secuencia histórica: su infancia coincidió con los últimos asedios a Gibraltar y las baterías

flotantes de Barceló, así como con el sepelio de los restos mortales del coronel Cadalso. A lo largo del periodo que estudia, con el gobierno militar trasladado por el general Castaños a Algeciras, transcurre desde la Guerra de la Independencia a la Proclamación de la Constitución de Cádiz, su abolición a manos de Fernando VII, el Bienio Liberal o las conspiraciones antiabolutistas de Torrijos.

Dos años antes de esta obra, Pérez Girón sorprendió con un estudio testimonial escalofriante, que tituló *La República y la Guerra Civil en San Roque*, un ensayo que abrió la colección "Estrecho de periodistas", de la Asociación de la Prensa del Campo de Gibraltar. A esta misma entidad, se debe la recuperación de dos fotografías que testimonian la presencia de Federico García Lorca en el Hotel Cristina de Algeciras, durante los años 30 de este siglo y que fueron difundidas con motivo del centenario del nacimiento del poeta.



Numerosas referencias al Campo de Gibraltar se desgranar a bordo del

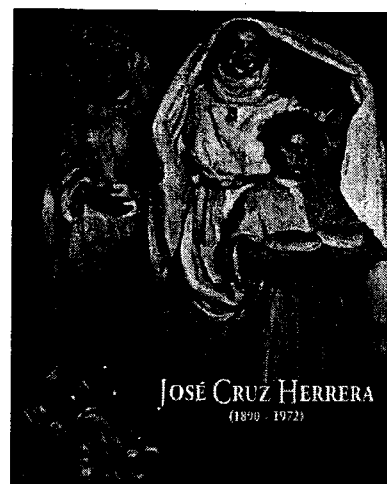


libro-catálogo *Cádiz, la provincia en el siglo XX*, que sirvió como soporte a una exposición conmemorativa auspiciada por la Diputación de Cádiz y que también pudo verse en el Campo de Gibraltar. Ese mismo espíritu, reivindicativo del pasado, alienta en las muestras antológicas sobre Mariano Bertuchi – que bajo el epígrafe “Pintor de Marruecos”, aunque con ecos sanroqueños, pudo verse en Madrid y en Tetuán–, en la de pintores algecireños del siglo XX, bajo el título de “In memoriam” y organizada por la Fundación Municipal de Cultura José Luis Cano, o en la de José

Cruz Herrera (1890-1972), auspiciada también por la Diputación y por la galería del museo que lleva su nombre en La Línea.

Tras los pasos de José Román, es el título de la biografía que Andrés Bolufer Vicioso editará, con cargo a la Colección Algeciras de la Fundación Municipal de Cultura, en Algeciras. Algecireño de 1871, Román se forma en Madrid como Pericial de Aduanas, empleo que ejerció en la localidad murciana de San Pedro del Pinatar (Murcia), donde trabó amistad con los hermanos Juan e Isidoro La Cierva, en Lepe (Huelva), en la provincia de Granada, en Málaga y en Madrid, tras un breve destino en su ciudad natal. Casado con Florentina Manzanete Blandino, tuvo tres hijos.

Aficionado a los toros –de hecho, llegó a lidiar– ya se había iniciado desde muy joven en el arte de la caricatura y en varios géneros literarios, incluyendo el teatro. Fue, empero, un excelente dibujante. El primer álbum de viñetas que se conserva se titula



Reseñas

“Aduana de Algeciras” y está fechado en 1894. En 1914 ejecuta uno de sus trabajos más singulares: la caricatura de Belmonte, sobre una piedra junto a Pelayo. Durante años, la caricatura sería periódicamente restaurada por su sobrino, el pintor Ramón Puyol, y por otros autores de la zona. Desde el “No hay cuidado” a sus escenas costumbristas, otra de sus series, “Visto y vivido. Cuadros del Madrid Rojo”, aborda el drama de la Guerra Civil. Son dibujos realizados clandestinamente en contra, abiertamente, del frentepopulismo republicano y se expondrían en el XXV Salón de los Humoristas, en 1940. Existe otra serie de viñetas eróticas que permanece inédita pero alguna de cuyas copias se encuentran depositadas en colecciones particulares de Algeciras. “Colaboré en más de veinte revistas de España y América, me premiaron en los concursos, hice exposiciones a los diez y seis años y al correr de ellos en Málaga, Granada, Madrid, La Línea, medallas y diplomas y aplausos y venga bombo y más bombo. ¡Ave María Purísima!” –resumiría– el propio artista.

Profesor interino de Modelado en la Escuela de Artes y Oficios, imaginero de relieve y escritor costumbrista, aún permanece inédita una colección de dibujos eróticos, que se le atribuye y que obra en poder de sus amigos algecireños. Falleció en Madrid, a 9 de febrero de 1957: “Román –concluye su biógrafo Andrés Bolufer– fue un epígono del academicismo decimonónico. Siempre se mantuvo ligado a aquellas formas expresivas ligadas a la tradición y su expresión más naturalista, de



ahí su fácil conexión con el público. Lo reconocible era para él una meta, bien por filiación artística o por falta de flexibilidad plástica, de ahí que nunca llegara a comprender las Vanguardias del nuevo siglo. Siempre buscó la expresión cognoscible y reconocible por todos, manteniéndose alejado de las



nuevas formas plásticas precisamente porque huían de la realidad tangible, alejándose de lo palpable y encerrándose en un Olimpo al que pocos podían acceder y al que apenas se acercaban los demás por complicado, incomprendible y desconexo con el sentir mayoritario”.

Bolufer asume que la trascendencia de Román no excedió nunca al ámbito local: “Siempre despertó simpatía su quehacer tan variopinto como el propio personaje, siempre hubo para él más de un elogio tanto en prosa como en verso. La calidad del artista no es sólo su fundamento, también lo es su sentimiento”.

La historiografía comarcal conoce nuevas e interesantes entregas durante este periodo, como son los libros editados desde el Instituto de Estudios Campogibaltareños: *Franquismo y educación en el Campo de Gibraltar (1936-1975)*, de Manuel Jesús Martínez Selva, *Catálogo de los protocolos notariales de Gibraltar y su Campo (1522-1713) en el archivo histórico provincial de Cádiz*, de Alberto Sanz Trelles, u *Ordenanzas de Castellar de la Frontera (1510-1631)*, de Pilar Vilela Gallego, a los que se suma el estudio de Mario Ocaña *Repoblación y repobladores en la nueva ciudad de Algeciras en el siglo XVIII*, de reciente aparición.

La comarca, a compás

Mientras Crescencio Torés, en *Paisajes linenses*, desgrana “historias de La Línea de la Concepción y sus

gentes de la mano del maestro de la guitarra Juan Mesa Serrano". Otras sombras comarcales desfilan por libros como *Cádiz, venta a venta*, una guía de Elena Posa, con fotografías de José Luis Roca y Ferrán Grau, o en la obra *Bandoleros en la Serranía de Ronda*, de Isidro García Cigüenza. Y basta asomarse al libro *Flamencos del Campo de Gibraltar*, escrito por Luis Soler Guevara, para comprender el alcance local de este arte, que en esta zona se remonta al menos hasta Salvador Arroyo, un algecireño de 1799 que junto con Tío Manuel Cantoral "fueron los más primitivos cantaores de esta comarca", según Soler.

Ese itinerario flamenco, profusamente ilustrado, abarca desde Juan Luis Soto Montero, más conocido por Juan Torre y padre del legendario Manuel Torre, al excelente pero inexplicablemente preterido Antonio El Chaqueta, de La Línea. La pormenorizada indagación de Luis Soler lleva desde la peripecia vital del linense José Ruiz, Corruco de Algeciras, hasta un modesto buhonero llamado Manuel María de la Palma Arroyo Jiménez, conocido como Tío Mollino y que sólo grabó un heroico disco en su vida -a cargo de la Mancomunidad de Municipios- allá por 1989 y a los 76 años de edad, con la guitarra cómplice del malogrado Andrés Rodríguez: incluyó soleares, siguiriyas, fandangos, bulerías y una toná.

A lo largo del siglo, artistas de la talla de Francisco Gabriel Díaz, Macandé -que haría célebre una curiosa modalidad de pregones-, Antonio

Mairena -a través de su relación con Francisco Vallecillo- o de Camarón de la Isla -por su amistad con Paco de Lucía-, trabarán lazos frecuentes con la comarca, cuyas cimas mayores se encuentran en la saga de los Lucía, con la voz cantaora de Pepe y las guitarras de Paco de Lucía, Ramón de Algeciras y su joven sobrino José María Bandera. Unos y otros, a lo largo de los últimos años, rendirán tributo a los caídos de su propia estirpe. Es el caso de Pepe, con su disco *El orgullo de mi padre*, o de Paco, con *Luzía*, en donde llega incluso a cantar en memoria de su madre y de Camarón.

En este contexto y al cuidado de Caja Madrid con Lunweg Editores, aparece el tomo *Paco de Lucía y Camarón de la Isla*, con dibujos soberbios de David González "Zaafra" y textos de Félix Grande, en los que explora la relación existente entre ambos artistas. "Los recuerdo -evoca Grande- deslumbrándose mutuamente en el estudio de grabación. Casi eran dos chiquillos. Paco de Lucía tenía veintidós años y vivía con sus padres, en Madrid, en la calle de la Ilustración. Camarón de la Isla tenía diecinueve años y vivía también en Madrid. Francisco Sánchez Gómez se había dejado su infancia correteando por las calles de Algeciras, como una cuenta pendiente, testaruda por entre la niebla del tiempo. José Monje Cruz se había dejado en su pasado la fragua de su padre y los autobuses de línea en donde cantaba de limosna. A la infancia de aquellos dos chiquillos gaditanos se había adherido, como un óxido de oro, ese estupor que solemos llamar genialidad. Habían vivido las

fatigas y las humillaciones de la pobreza, la alegría obstinada y defensiva de la infancia, la angustia y la decisión de los adolescentes, todo eso, y su veneración por los grandes flamencos legendarios y contemporáneos, había transformado a esos chiquillos en dos artistas colosales. Se admiraban el uno al otro con enorme respeto y casi con voracidad".

En la comarca, la sorpresa musical de los últimos años se llama José María Sánchez Verdú, un algecireño de 1968 formado posteriormente en Granada y en Alemania, que obtendrá en 1998 el Premio Nacional de Música por su oratorio "Sombras del Paraíso", inspirado en el libro de poemas de Vicente Aleixandre, que lleva ese mismo título.

Un año antes, había fallecido otro músico local, un rockero llamado Antonio Rubio, cuyo nombre artístico fue el de An-Tonio y que cosechó diversas apariciones fulgurantes en la escena nacional. Nacido en Algeciras en 1963, su único disco, grabado entre los estudios de Sonoland en Madrid y Central en Tarifa, aparecería ese mismo año de 1997, bajo el sello de Edel Music y con producción de José A. Romero. Pero AN-Tonio ya había fallecido y sólo le dio tiempo a ver un single en las tiendas de discos: "Te corres ante la muerte/ porque hace mucho tiempo/ que no estás muerto", proclama en una canción que lleva su propio nombre artístico.

Numerosos textos reunidos en su memoria y en la de su manager, Felipe Rodríguez, fueron reunidos en el libro

Reseñas

La fábrica de sueños, que editó en octubre de 1999 la Asociación Cultural-Musical Misipayi. En su índice, aparecen dibujos de Nicolás Vázquez, emotivos testimonios de Happy Rodríguez o versos de Julia Guerra y de Juan José Téllez.

Este último vio editado ese mismo año un nuevo ensayo biográfico *Carlos Cano, una historia musical andaluza*, editado por la Sociedad General de Autores, en el que desgrana la peripecia vital del cantautor granadino y, en paralelo, la historia de Andalucía durante los últimos 50 años.

El cantaor algecireño Flores el Gaditano -que ya había publicado libros de poemas, reflexiones y anécdotas- imprime, en el año 2000, una curiosa novela del oeste bajo el título de *Otro Willy*.

Y el Campo de Gibraltar será el escenario donde transcurra, total o parcialmente, la peripecia de *Miracielos*, novela de Ramón Mayrata que es la aventura colectiva de un mundo entreguerras. Como telón de fondo, se recrea la presencia de espías alemanes en la ciudad durante los años previos a la Segunda Guerra Mundial. A caballo entre la realidad y la ficción, aparecen impresos los poderosos testimonios *Por la vía de Tarifa*, de Nieves García Benito, y *Las voces del Estrecho*, de Andrés Sorel, sobre el fenómeno de la inmigración clandestina en las costas campogibraltarreas.

Entre la realidad y sus contrarios, se mueve también Reg Reynolds en dos libros editados en inglés bajo el título de *Gibraltar connections y Gi-*

braltar II, con el epígrafe "Strange but true stories" ("Extrañas pero verdaderas historias").

Reconocimientos y pérdidas

Antes que José Luis Cano, nace en Algeciras Esteban José Valdivia y Cabrera, un 4 de diciembre de 1898. Poeta y periodista, falleció en esta misma ciudad a 1 de mayo de 1963. Su figura sería reivindicada continuamente por sus hijos, quienes consiguieron que una de las medallas de la Virgen de la Palma, recayera a título póstumo en su persona, durante el verano del año 2000.

Sin reconocimiento público alguno, se fue Antonio Sánchez Campos. Profesor y escritor, había nacido en San Roque, un 29 de noviembre de 1928, pero encontró la muerte en Algeciras, donde residía, en 1999. Estudió magisterio, impartió la enseñanza y publicó *Nocturno gris*, en Algeciras y en 1971, un libro al que seguirían breves y dispersas entregas de su quehacer poético.

Antonio Sánchez Campos aportó grafismos para los primeros números de la revista *Bahía*, en la que también militase Daniel Florido. Pero el motor del grupo es Manuel Fernández Mota, nacido en Sayalonga (Málaga), el 9 de agosto de 1924. Profesor en Algeciras, Fernández Mota sigue dirigiendo la colección y el premio poético que lleva el nombre de dicha revista, al tiempo que mantiene citas periódicas con sus lectores: *Latido y tiempo* (1998) y *La antorcha en vuelo* (1999), son sus últimas entregas líricas. Por todo ello, en el

2000 se hizo acreedor de una de las medallas de la Virgen de la Palma que otorga anualmente el Ayuntamiento de Algeciras.

Mester de poesía

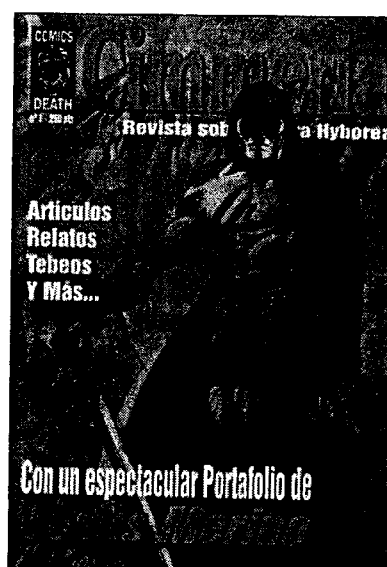
Nacido en Linares (Jaén) en 1948, Domingo F. Faílde reside en Algeciras desde mediados de los años 80. Incorporado al llamado Grupo de la Diferencia, su nombre aparece últimamente en varias antologías y ha editado dos nuevos títulos poéticos, *Elogio de las tinieblas* (1999) y *Conjunto vacío* (1999). "El mundo en descomposición", según Antonio Enrique, seguirá siendo la secuencia obsesiva de su poética, hasta *Elogio de las tinieblas*, en cuyas páginas, según Francisco Morales, "la lírica doliente y elegíaca de Faílde aspira a la luz desde las sombras". A juicio de Enrique, la última entrega lírica de Faílde, *Conjunto vacío*, constituye un "libro reposado, aunque audaz, provisto de un temple encomiable en sus imágenes. Se aprecia un proceso severo de decantación".

"Su obra -añade- surge del silencio, como el musgo del frío y de la lluvia. No es verdad que el hombre anónimo -ese que pasa como sombras por la calle- sea feliz ni es más sabio ahora ni lo será mañana. Alguien ha de decir que todo esto es una impostura. Que la cultura no puede ser cómplice de la ignorancia. Faílde lleva años dejándonos una obra estricta, exacta, lúcida, aunque cordial y sentidamente humana. Yo profeso adoración a su persona y admiración por su obra".

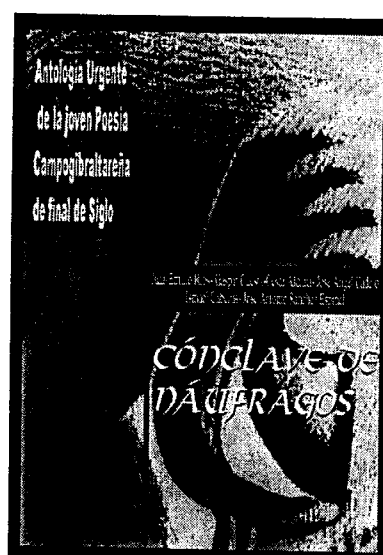
Hija de Madrid y de 1953, pero residente en Algeciras, la escritora Paloma Fernández Gomá ve publicada, en este año 2000, su obra *Senderos de Sirio*, tras recibir el I Premio de Poesía María Luisa García Sierra: “Convendría poner de relieve –anota Rafael Soto Vergés– la ‘conciencia espacial’ con la que Paloma Fernández Gomá sabe tomar actitud, frente al pedestrisimo y prosaísmo circundante”.

“Fernández Gomá –quizás afortunadamente para ella– no se ha dejado embaucar por los sonos de los olifantes de los movimientos líricos. Paloma está en su propio centro. Gracias a su actitud no ha seguido a nadie, salvo a la tradición y a su propio albedrío; es decir, que escribe en libertad de modos, modas y formas”, atina Francisco Peralto, tras la aparición de *Las flores idílicas* (1998), *Laberinto de amor* (1999) y *Sonata Floral*, Premio Victoria Kent en 1999.

Yaraví es el grupo que, a partir de 1990, promueve Juan Emilio Ríos, en Algeciras. Nacido en esta localidad el 14 de mayo de 1966, es Licenciado en Filología Hispánica en la Universidad de Cádiz y dirige la revista que lleva el nombre de dicho grupo. Entre sus últimos libros, figuran *El stress de la bailarina* (1998, a instancias del Ateneo de Algeciras) y *Pangea* (1998) –en los que Domingo F. Faílde cree encontrar huellas del creacionismo de Vicente Huidobro–, o su última entrega, *Serendipidad*, que abrió la colección Bellasombra, en Benalup. Ríos prosigue su labor al frente de *Yaraví*, extendiéndose a otras publicaciones, como



Cimmeria, dedicada a los héroes del cómic bárbaro que representa Conan. Entre los colaboradores de *Yaraví*, figurará también Steward D. Mundini Galán, nacido en Venezuela en 1980, pero vecino de Algeciras, desde el año siguiente. Su primera publicación se tituló *Paleta de pintor* y apareció en 1997.



En este año 2000, Juan Emilio Ríos reúne para la Universidad de Cádiz una Antología Urgente de la joven Poesía Campogibraltareña de final de Siglo, en la que se incluye a sí mismo, junto a Gaspar Cuesta, César Aldana, José Angel Cadelo, Ismael Cabezas y José Antonio Sánchez Espinel. Se titula *Cónclave de naufragos* y es el resultado del proyecto “Poesía joven para un nuevo milenio”, premiado en el VI Concurso de Iniciativas Culturales de la Universidad de Cádiz. En enero de 1999, todos ellos, salvo Gaspar Cuesta, habían ofrecido una lectura en el Aula José Cadalso de San Roque. A la misma, se sumaron Sergio Blanco, Oscar Carrasco, David Menay y José Luis Vega, otras jóvenes voces del Campo de Gibraltar.

José Ángel Cadelo (Algeciras, 1969) estudió Derecho en Granada. Incansable viajero, de entre su obra descuella el ensayo *Miguel d'Ors y los bachilleres del siglo XXI* (Pamplona, 1995), así como sus libros de poemas *Ático en París* (1993) y *Sombras, elementos* (1999), impreso en Cádiz por Quórum Libros Editores. Su poética, según Domingo F. Faílde “no es fruto de la casualidad ni consecuencia de la improvisación. Su lenguaje, deliberadamente salpicado de palabras y expresiones de registro coloquial, hace un guiño a las modas, en tanto la sintaxis y la propia estructura de los poemas delatan al poeta que ahonda en el estilo y no se conforma con recursos trillados. En el plano del contenido, más que cultura urbana hallaremos una seria aproximación a esa interculturalidad que, poco a poco, va ganando terreno

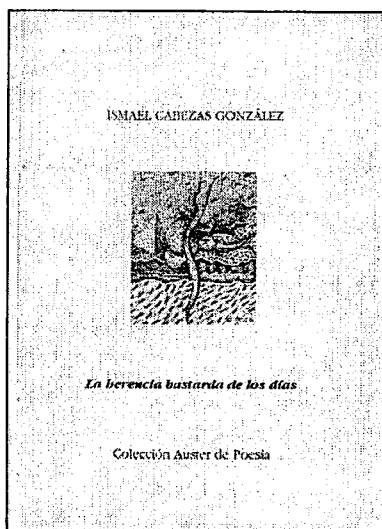
Reseñas

en el mundo civilizado, cuyo correlato ético se manifiesta en discursos solidarios o en poemas de amor, que es otra forma, acaso la única forma de ser libre”.

Mientras el tarifeño Gaspar Cuesta (1967) va desgranando sucesivas y breves entregas de su obra en revistas y antologías, el sanroqueño César Aldana (1973) confirma su calidad literaria con *Los silencios del agua*, aparecido en Málaga durante el año 2000 y que constituye una sólida secuencia de “Preludio de una despedida”, los textos que reunió para *Almoraima* seis años antes.

El linense Ismael Cabezas (1969) abre la colección Auster de Poesía, con *La herencia bastarda de los días*, 16 poemas que constituyen “un poemario de amor, de amor verdadero”, según Juan Gómez Macías: “El libro es al mismo tiempo la crónica de un pasaje de la vida del autor, un ejercicio terapéutico de liberación y, fundamentalmente, un intento de esclarecimiento existencial y de rememoración del ser amado”.

La gran sorpresa de esta saga se llama José Antonio Sánchez Espinel, un sevillano de 1982 que reside en La Línea desde los 8 años de edad y que ha visto editado *El preámbulo del héroe*, su primer título poético. A sus 18, define al poeta como “un soldado sin pistola/ dispuesto a asesinar a alguien”. “El amor y el sexo, el sentido de la existencia, el hombre en la historia, el tiempo, la vida, la muerte, la soledad, discurren por sus versos en los que contención e intuición alternan con potentes imágenes surreales, en tanto la memoria, ver-



dadero maestro de ceremonias, rescata y actualiza el bagaje vital del autor”.

En otro orden de cosas, Francisco Javier Román reúne en Algeciras sus *Escritos de mi alma*. Rodolfo Velázquez (Sevilla, 1947, pero residente en Algeciras desde hace veinte años) publica tardíamente sus primeros versos en el presente año, bajo el título de *Calados de tu sombra*, fruto de sus largas lectu-



ras de Evtuchenko, Eluard, Valery, los simbolistas, la Generación del 27, pero también Salvador Espriu o Justo Jorge Padrón.

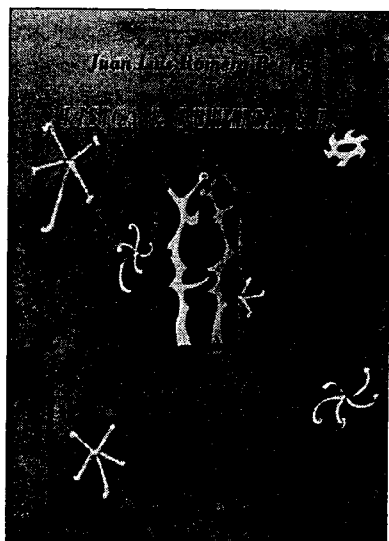
Oficio de narradores

La obra de Luis Alberto del Castillo (1940) se mueve a caballo entre la poesía, la narrativa y el ensayo. Acaba de juntar sus obras poéticas completas bajo el título de *La torre del silencio* (Diputación de Cádiz, 2000), con prólogo de Domingo F. Faílde, quien insiste en que se trata de una poética personal y difícilmente clasificable.

Pero su nombre se incorpora a la antología *Café Negro*, de narradores campogibraltareños, que la Diputación de Cádiz publica en el año 2000, con la inclusión de los algecireños Juan José Téllez, Juan Luis Romero Peche, Santiago Polo, José Eduardo Tornay, Federico Fuertes y Manuel J. Ruiz Torres, los linenses José Villalba, Manuel Barro y Miguel Guerrero, así como el sanroqueño José Reyes Fernández.

Algunos de ellos comparecieron en el último número de la revista linense *Así, Roithamer*, dedicada a la literatura campogibraltareña. José Villalba sigue obteniendo un amplio eco en forma de galardones literarios, mientras que Reyes Fernández mereció el “Ciudad de Algeciras” por su novela *La carreta de heno*.

Juan Luis Romero Peche publica, en *Renacimiento* (Sevilla, 1999), una serie de *Entremeses* teatrales (“V.I.N.O. en O.V.N.I.”, “Humono, demasiado humono”, “El fantasma de la sátira”,



“Nihil por aquí, nihil por allá” o “Nacida el 15 de agosto”, así como una selección de relatos propios, bajo el título de *Física & Química S.L.*

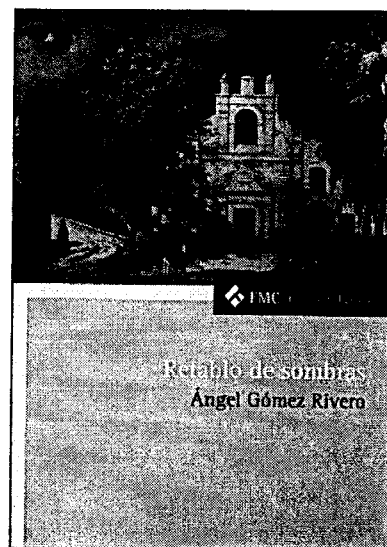
“Por motivos de improcedente referir -comentó con motivo de la aparición de ese libro-, he perdido demasiados trenes por dedicarme a algo que muchos desinformados consideran una vocación poco productiva cuando, en verdad, es simplemente una pasión inútil. Así (por no elegir el fácil camino de la celebridad local; por quererme escritor a secas, químicamente puro y más santo que cortesano; por creer que ‘al que hace lo que debe, su verdad le basta’, y porque las consuetudinarias ignorancias/afrentas del ‘vulgo municipal y espeso’ me han hecho optar por hacer y callar) he llegado a mi nada tierna edad con menos publicaciones de lo que sería razonable suponer, pero saturado de inéditos y afirmado en una convicción que es la que ya inspiraba mi adolescencia: el cosmopolitismo

cultural implica que lo que tiene que hacer un escritor es escribir, no perder el tiempo refutando las sandeces de respetados botarates de su tribu”.

Tornay (Algeciras, 1968) ha publicado relatos, artículos y entrevistas en diversos medios, pero acaba de publicar su primer libro, una recopilación de textos que él titula *A la sombra de los bloques* (2000) y que son comentarios anteriormente aparecidos en el diario *Europa Sur*.

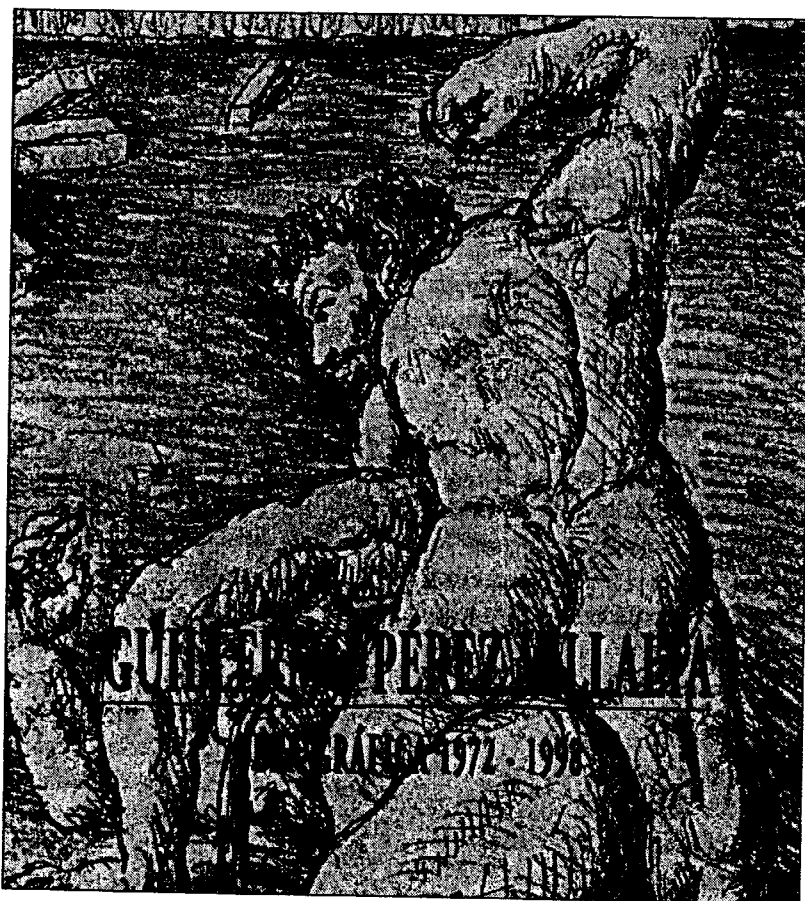
Otra excelente noticia narrativa se tituló *Atributos masculinos*, una serie de relatos firmados por Manuel Jesús Ruíz Torres (1959), que no cesa en ofrecer a sus seguidores historias poderosas, bien escritas, amenas y con una atractiva carga de ironía y de madurez literaria.

Pero, al margen de *Café negro*, hay otros prosistas en el Campo de Gibraltar. Nacido en 1954, el historiador Antonio Torremocha publica di-



versos relatos y obtiene el Premio Ciudad de Algeciras, en 1990, con un texto titulado *La conquista de Túnez*, un año después de haber recibido el tercer premio del Certamen Ángel María de Lera, por su obra *El sexto sello. La conquista de Túnez* le servirá a Antonio Torremocha para construir su primera novela, *Historia verdadera del pícaro Juan Pedroche* (1998), que contó con amplia difusión, dentro y fuera del Campo de Gibraltar. Desde la picaresca de las almadrabas a las cumbres de la serranía, por esta obra desfila tanto su conocimiento de la historia como su exquisito gusto narrativo.

Otro prosista de interés es Ángel Gómez Rivero (Algeciras, 1953), quien compagina el ensayo -“Drácula en el cine”, “Frankenstein proyectado”-, con la ficción, en títulos como “Fotograma perdido”, “Gota a Gota”, “La Campana” y “Pentagrama”. Ha obtenido diversos premios y dirige en la actualidad la revista *Crisol*, una guía del ocio de esta comarca. Sus primeras novelas



aparecen en 1998 y se trata de *Niebla en el Cristal* y *Retablo de sombras* (1998), cuya acción transcurre en Algeciras: "Se advierte claramente que Gómez Rivero es hombre de cine, y que su imaginación fértil ha bebido incansablemente en las fuentes fantásticas del cine de terror. La obra de Edgard Allan Poe se deja entrever también en algunos sutiles matices de la novela", avisa Cristóbal Delgado.

Cultura mediática

Antonio Garrido "Garry" publica en este 2000 una guía de las revistas

alternativas de la provincia de Cádiz, en la que incluye la mayoría de las cabeceras de este género que aparecieron en el Campo de Gibraltar desde los años de la transición democrática. Todos ellos se vieron influidos por la cultura mediática, desde el cine a los medios de comunicación convencionales.

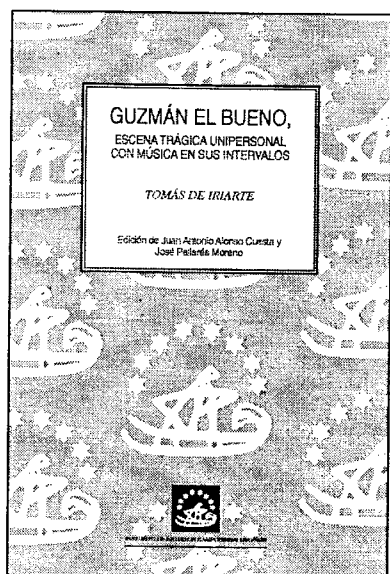
Es en esos últimos terrenos por donde se mueve la pesquisa investigadora del algecireño Carlos Fernández, quien acaba de publicar un cumplido ensayo sobre Antonio Moreno, un actor andaluz que tras crecer en el Campo de Gibraltar se convirtió en galán de

Hollywood, durante los años del cine mudo, compartiendo protagonismo con Greta Garbo y disputando la primacía del estrellato al mismísimo Rodolfo Valentino.

La primera emisión oficial de una radio en España tuvo lugar en noviembre de 1924: Radio España, el día 10, y Radio Barcelona, el 14. Sin embargo, el invento ya se conocía en nuestro país desde el año anterior.

Un oficial de Telégrafos llamado José Laffarga construyó manualmente el primer aparato emisor de Radio Algeciras, signada con las siglas EAJ55, en 1934. Este dato lo confirma Antonio Checa en su obra *La radio en Andalucía durante la Guerra Civil*. Durante la contienda, que estalla dos años más tarde de su fundación, la emisora algecireña será intervenida. Checa cita a la revista burgalesa *Radio Nacional*, para evocar los sucesos de aquellos días: "Ante la noticia del alzamiento militar en Marruecos, el interventor de Telégrafos en la emisora y dos carabineros piden las llaves de la estación al director de la misma, Pedro Liñana, con el propósito de interferir desde ella las emisiones de los sublevados por Radio Melilla -EAJ 9- iniciadas el día anterior. El director no tiene una actitud clara, se niega a la petición y sólo accede a dirigirse a la emisora con las tres personas citadas. Radio Algeciras se limita inicialmente a retransmitir marchas militares y no hay intervenciones ante el micrófono".

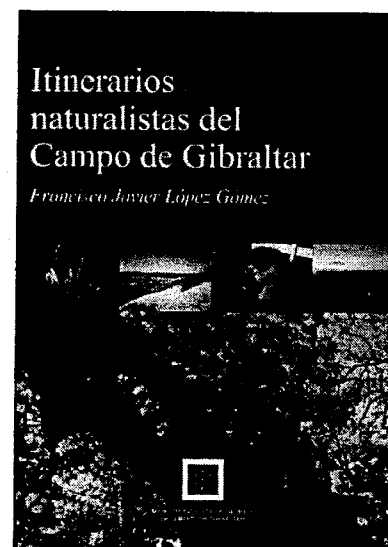
Hoy el panorama informativo en la comarca difiere. Laboralmente, lo ha desgranado Luis Romero en un estudio



sobre la profesión en el Campo de Gibraltar, en un periodo que se cierra en 1998: "En total -detalla- en el Campo de Gibraltar trabajan habitualmente en tareas periodísticas, con algún tipo de relación contractual o económica estable, 105 personas. Predominan los que se dedican a medios escritos, con cincuenta casos (47,6%), seguido del medio radiofónico, con 28 periodistas (26,6%), después va la televisión, con 19 (18,1%), para después aparecer los siete que se dedican a cumplir con su

tarea en los Gabinetes de Prensa existentes en la comarca (6,6%) y un caso exclusivo de dedicación a una Agencia de Noticias, que solamente supone un 0,9%".

A lo largo de los dos últimos años, las publicaciones campogibaltareñas han participado de un índice abundante y heterodoxo. Lo prueba, por ejemplo, la aparición de *Gibraltar, aproximación a un estudio sociolingüístico y cultural de la Roca*, de Eduardo Fierro e impreso por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. O la reedición de *Guzmán El Bueno, escena trágica unipersonal con música en sus intervalos*, de Tomás de Iriarte, en edición de Juan Antonio Alonso Cuesta y José Pallarés Moreno a cargo del Instituto de Estudios Campogibaltareños. O *Itinerarios Naturalistas del Campo de Gibraltar*, una fundamental guía de campo para ecologistas y amantes de la naturaleza, otro título recientemente editado por el Instituto de Estudios y del que es autor el profesor y geólogo Francisco Javier López Gómez. O los poemas y relatos premiados por el Ateneo de Algeciras, sin descuidar *Sobre algunos aspectos de la naturaleza hu-*



mana, el primer ensayo en español del abogado algecireño Francis Domínguez, residente en París. O los cuidados catálogos que acompañaron a la muestra antológica de Antonio Rojas, en Cádiz, los diez años de la Galería del Museo Cruz Herrera de La Línea, la muestra "Línea de horizonte" de Pepe Guerra, Fernando Martínez de Salazar y Carlos Soto, o a los grabados y la nueva comparecencia de Guillermo Pérez Villalta en la galería madrileña de Soledad Lorenzo.